



¿En qué se parecen

Burgos y Nueva York?



I
M
P
R
E
S
I
O
N
E
S

Y

P
A
I
S
A
J
E
S

ESCENA I

Dos pantallas al fondo del escenario formando un ángulo de 45° crean un espacio cuadrado en cuyo centro encontramos un viejo banco de hierro con volutas propias de la arquitectura del art Nouveau y frente a ello, separando la escena del público las vías de un tren que no ha de llegar. En la pantalla de la izquierda en blanco y negro se proyecta la deslumbrante imagen de la catedral gótica de Burgos, en la de la izquierda a todo color los imponentes edificios del skyline neoyorkino. En el banco está sentado un joven escritor al cual acompañan unas viejas maletas, todo en él tiene un aire juvenil y rural, se concentra en la tarea sobre su libreta sin prestar atención al sonido de los trenes ni los deambulantes que habitan la estación. Por la derecha entra un hombre elegante, vestido de traje blanco y sin maletas que se sienta junto al joven.

JÓVEN: Cuando yo, cuando... cuando me muera...

HOMBRE ELEGANTE: ¿Qué escribe?

JÓVEN: ¿Disculpe?

HOMBRE ELEGANTE: Tiene usted cara de poeta.

JÓVEN: Es prosa.

HOMBRE ELEGANTE: Ah no, eso no. La última vez. A partir de ahora solo poesía y teatro.

JÓVEN: ¿Disculpe?

HOMBRE ELEGANTE: Digo que no debe escribir prosa.

JÓVEN: ¿Por qué dice eso? Déjeme en paz, no le conozco ni he pedido su opinión.

VIEJO: Mejor le iría si la pidiera. Hágame caso. No tiene usted ánimo, ni dedicación para la prosa. Debe centrarse en el lenguaje poético.

JÓVEN: ¿Con qué derecho se mete con mi estilo?

HOMBRE ELEGANTE: Créame, le irá mejor.

JÓVEN: ¿Quién es usted?

HOMBRE ELEGANTE: Eso es irrelevante ahora mismo.

JÓVEN: ¿Es usted escritor?

HOMBRE ELEGANTE: Pianista.

JÓVEN: Ah, comprendo. Entonces debe de saber de estas cosas.

HOMBRE ELEGANTE: ¿Sobre qué escribe?

JÓVEN: Un viaje que hice hace poco a Burgos y que me inspiró para empezar.

HOMBRE ELEGANTE: Eso es fantástico, déjeme ver ese comienzo. Lea.

JÓVEN: Me da reparo. Yo no tengo fuerza para estas cosas.

HOMBRE ELEGANTE: Lea.

JÓVEN: *“Sobre el campo castellano, plomiza niebla azul da transparencias acuosas y fantásticas a las cosas”*

HOMBRE ELEGANTE: No está bien escrito.

JÓVEN: Ya se lo he dicho, no me encontraba con fuerzas.

HOMBRE ELEGANTE: Ya se lo he dicho, debe dedicarse a la poesía. Deshágase de eso, vuelva al lugar que tanto le inspiró y reescriba.

JÓVEN: Tengo pensado pasar allí el verano, unas semanas de julio a agosto. Volveré a intentarlo.

HOMBRE ELEGANTE: Escriba y escíbame contándome sus impresiones, yo le ayudaré.

JÓVEN: ¿Por qué?

HOMBRE ELEGANTE: Tiene talento, lo sé, pero no puede descuidarse.

JÓVEN: Muchísimas gracias caballero. ¿Dónde he de mandar la carta?

HOMBRE ELEGANTE: Furnald Hall, Columbia University, New York City.

JÓVEN: ¿Es usted americano?

HOMBRE ELEGANTE: ¿Es usted burgalés?

JÓVEN: ¿Me escribirá usted?

HOMBRE ELEGANTE: Sí, para que aprenda. No se moleste, ya sé las señas. Escíbame hasta finales del verano, antes de que me vaya a Vermont. Luego tengo muchas cosas que hacer. Se lo haré saber.

En las dos pantallas se lee “Hay 5677 kilómetros entre Burgos y Nueva York. Doce veranos entre Burgos y Nueva York”.

JÓVEN: Oh sí, desde luego, estoy seguro de que Nueva York es una ciudad agitada y fascinante, tendrá usted mucho trabajo por allí. Algún día a mí también me gustaría ir.

HOMBRE ELEGANTE: Créame, no le gustará.

JÓVEN: ¿Por qué no?

HOMBRE ELEGANTE: La angustia...

JÓVEN: No podría imaginármelo.

HOMBRE ELEGANTE: Ya lo verá. Le mandaré lo que escribo, tengo la esperanza de que al menos usted lo entienda.

JÓVEN: ¿Qué quiere decir? Apenas acabamos de conocerle... ¿Cómo podría entenderlo?

HOMBRE ELEGANTE: Porque entenderá mis pretensiones, verá, el poema que estoy realizando de Nueva York con gráficos, palabras y dibujos es una cosa intensísima, tan intensa que no entenderán y provocará discusiones y escándalo.

JÓVEN: Ah lo sabía, usted es poeta, por eso insiste en que yo también lo sea.

HOMBRE ELEGANTE: No, aunque no lo crea yo solo soy señorito andaluz.

JÓVEN: Entonces no entiende de estas cosas.

HOMBRE ELEGANTE: Escríbame.

JÓVEN: Le escribiré como si fuera mi propio padre, porque quiero que así me trate, como a un hijo.

HOMBRE ELEGANTE: Si así lo quiere así lo hare. Me voy muchacho, escríbame. *(Sale por la izquierda)*

JÓVEN: Sí. Gracias, gracias. Que tenga buen viaje. *(Dándose cuenta de repente)* Espere, no sé cómo se llama.

ESCENA II

No hay respuesta, en escenario queda el joven que vuelve a su libreta, por las pantallas pasan imágenes de campos y al fondo suena una vieja canción andaluza al piano.

JÓVEN: *(A público)* El tiempo pasa tranquilo en la Residencia, el invierno en Madrid es largo, pero pronto llega la primavera y con ella mi marcha de nuevo a Burgos con Don Miguel. Tengo muchas ganas de escribir sobre todas estas cosas, el paraje castellano suscita en mí una melancolía que no es comparable a los colores andaluces y ruidos madrileños a los que están acostumbrados mis sentidos, creo que el viajar me ayudará mucho en mi proceso como escritor. Aún permanece muy grabado en mi mente el encuentro que mantuve en noviembre con aquel hombre de blanco en la estación de tren. Creo que hay una fuerza invisible que me une a él tanto como a mí mismo y ni un solo momento he dejado de preguntarme dónde y cómo estará, pero he esperado hasta hoy para poder volver a dedicarle una palabra, pues no quería dedicársela en vano. Ahora que emprendo mi viaje y por fin tengo razones para hacerlo, ardo en deseos de poder describirle todas las cosas hermosas que aquí me aguardan. *(Se pone en pie, a veces escribe en el papel de una carta, otras, mira al frente y con sus gestos y su muestra lo que describe. En la pantalla se proyecta el skyline burgalés en un día nublado)* Por fin después de un largo viaje llegamos a Burgos, donde estamos muy bien a Dios gracias. La ciudad se extiende negruzca con las rayas de las alamedas enseñando el monstruo gótico de su catedral, labor orfebre gigante, recatada sobre un triunfo de color morado. *(Entra el HOMBRE ELEGANTE y paralelamente se coloca junto a la pantalla en la que se ve un amanecer neoyorkino)* Burgos es

maravilloso, tanto en lo antiguo, que es de lo Mejor de España, como en lo moderno.

HOMBRE ELEGANTE: Mal escrito.

JÓVEN: ¿Qué?

HOMBRE ELEGANTE: Mal escrito.

JÓVEN: No lo creo.

HOMBRE ELEGANTE: No lo crea, pero está mal escrito. ¿Por qué insiste en la prosa?

JÓVEN: Algo habrá rescatable...

HOMBRE ELEGANTE: No. Pocas cosas...

JÓVEN: Dígame, señor mío, las razones de ese no.

HOMBRE ELEGANTE: No tiene la profundidad necesaria.

JÓVEN: ¡Es usted un inconformista!

HOMBRE ELEGANTE: ¡Es usted un caprichoso! Si le digo que no está bien escrito es por buena razón.

JÓVEN: ¡Pues deme esa razón! ¡Ayúdeme! Para eso le escribo...

HOMBRE ELEGANTE: No quiero darle miel, sino cicuta. ¡Lucha! Tiene que mejorar. Tiene que pedir ayuda al duende. No a mí.

JÓVEN: Me dijo que se la pidiera a usted y se la estoy pidiendo. Dígame, cómo debería escribirlo.

HOMBRE ELEGANTE: Debe usted poner atención a las cosas pequeñas y desnudarlas ante los sentidos del lector para que este pueda percibir los detalles de la realidad que le presenta. Por ejemplo: “La aurora de Nueva York tiene cuatro columnas de cieno y un huracán de negras palomas que chapotean las aguas podridas. La luz es sepultada por cadenas y ruidos en un impúdico reto de ciencia sin raíces. Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes como recién salidas de un naufragio de sangre”. Este es un buen ejemplo de lo que pretendo que aprenda a hacer. Ha de ser capaz de transmitir las emociones, no me está escribiendo una cartita, me está narrando la descripción de un lugar con el que pretende emocionarme porque cree que es importante. Muéstremelo como tal, muestre que lo pequeño, lo ignorado, lo invisible es precisamente lo que le otorga carácter. De lo contrario bien podría yo haber escrito: “La llegada a esta ciudad anonada, pero no asusta. A mí me levantó el espíritu ver cómo el hombre con ciencia y con técnica logra impresionar como un elemento de naturaleza pura. Es increíble. El puerto y los rascacielos, iluminados, confundiéndose con las estrellas, las miles de luces y los ríos de autos te ofrecen un espectáculo único en el mundo. Sería tonto que yo expresara la inmensidad de los rascacielos y el tráfico. Todo es poco. En tres edificios de éstos cabe toda Granada entera.” Esto yo se lo escribo a mi madre para explicarle lo que veo, pero no se lo escribo al público para mostrarle lo que vivo, porque esto no le hace vibrar. Sí, vale, es válido, sin duda alguna esto da a entender a mi lector las dimensiones de la ciudad y la gran impresión que provocó en mi contemplarla por primera vez, pero eso no le hará saborear la ciudad, olerla, sentir la angustia de su atmósfera. Eso es lo que tiene que conseguir como escritor. ¿Lo entiende?

JÓVEN: Pide usted demasiado. Yo aún no sé cómo hacer lo que me está pidiendo.

HOMBRE ELEGANTE: Tiene que prestar más atención a las cosas.

JÓVEN: Parece que dice que yo paso por la vida como si nada, sin fijarme en sus componentes, sin amarla.

HOMBRE ELEGANTE: Error común de juventud: Ignorancia y ansia.

JÓVEN: ¡Pues se equivoca! Quizás sea usted quien no tiene idea de cómo ver el mundo. Error común de vejez: Soberbia y automatismo.

HOMBRE ELEGANTE: No se pase conmigo. No tengo porque aguantarlo. Estoy aquí para ayudarlo.

JÓVEN: No se pase usted. No sabe hablar de las cosas sencillas, como yo no sé, lo admito, hablar de las cosas complejas.

HOMBRE ELEGANTE: Al contrario. Lo que no sé es hablar de las cosas superficiales. Yo busco en lo hondo lo que el alma no se atreve. Son precisamente las cosas sencillas de las que más complejo resulta hablar.

JÓVEN: Quizás sea mejor que yo me dedique a otra cosa.

HOMBRE ELEGANTE: ¡No!

JÓVEN: ¿Por qué insiste tanto en que yo escriba?

HOMBRE ELEGANTE: Porque no tiene tiempo para dudar. El mundo está esperando con hambre sus letras y se va a ir con el plato a medias si no empieza ya.

JÓVEN: Las gentes, las gentes... ¡Qué me importan a mi las gentes! Ya se lo dije en la estación, no tengo fuerza para esas cosas, no creo que yo vaya a poder con la popularidad.

HOMBRE ELEGANTE: Yo no hablo del éxito popular, sino del espiritual, de la necesidad que tienen muchos de leer sus obras porque así calman su espíritu, porque pocos se atreven a hablar en alto de lo que callan y esa es su obligación como escritor, darles voz. La popularidad y la genialidad son cosas distintas. Olvídese de la dichosa fama, eso no importa. No está aquí para eso, está para escribir. Usted no sabe dedicarse a otra cosa. Ha nacido para ser poeta. ¡Séalo!

JÓVEN: ¡No!

HOMBRE ELEGANTE: Pues empiece siendo un hombre.

JÓVEN: Pero no puedo. No sé cómo hacer lo que me pide, estoy lleno de dudas que constriñen mi pluma y me pesan en el alma como cien pájaros que me impiden escribir.

HOMBRE ELEGANTE: No sea un niño caprichoso. No llore por estas cosas. Calma muchacho.

JÓVEN: Lloraré si quiero y quiero llorar, quiero llorar como los niños del último banco.

HOMBRE ELEGANTE: No se aflija así.

JÓVEN: ¡Pienso tanto!

HOMBRE ELEGANTE: ¡Sueña tanto!

JÓVEN: ¿Acaso eso está mal?

HOMBRE JÓVEN: Lo está si se pierde.

JÓVEN: ¿Es que no entiende lo que me hiere?

HOMBRE ELEGANTE: ¡Desde luego! Yo mismo sufro de esa misma pena. Aquí leo y aprendo y me doy cuenta de que, por ejemplo, jamás llegaré a ser como los grandes a los que tanto admiro, como Walt Whitman por ejemplo, pero eso no me desanima, no, al contrario, me consuela saber que si yo no soy capaz de escribir así, al menos sí hay alguien con esa fortuna y yo más afortunado aún de poder leerlo, por eso aprendo de ellos y por eso te enseño a ti.

JÓVEN: ¿Walt Whitman?

HOMBRE ELEGANTE: Sí, un poeta que he descubierto aquí, un hombre extraordinario, que levanta en mí la mayor admiración posible. Un hombre viejo y hermoso que realmente sabe hablar de libertad, de esa libertad que se me hace inalcanzable.

JÓVEN: ¿También duda?

HOMBRE ELEGANTE: ¡Por supuesto! Escúcheme joven, esta profesión suya que está escogiendo es muy peligrosa. Ahora desea destacar y publicar, hacer cosas grandes, después se hará popular y va a odiarlo. Va a tener que luchar contra usted mismo, contra todo lo que sabe y siempre va a estar detrás, detrás de usted mismo, detrás del duende, detrás de quienes llenan el mundo con sus cánticos hermosos, detrás de las barbas llenas de mariposas...

JÓVEN: Estoy seguro de que el señor Whitman también opina que usted es un gran artista.

HOMBRE ELEGANTE: Es difícil impresionar a quienes nos superan desde atrás.

JÓVEN: ¡Ah comprendo! Yo también he conocido aquí a una poeta, nacida el mismo año que yo.

HOMBRE ELEGANTE: Como yo.

JÓVEN: Me parece que han transcurrido cien años.

HOMBRE ELEGANTE: Antes no podía pensar en las cosas extraordinarias que tiene el mundo... Me quedaba en las puertas... ¡En cambio, ahora!...

JÓVEN: Me supera desde delante. Está esperando para nacer primero en Burgos y luego viajar hasta Nueva York, para hablar de todas estas cosas de las que yo no puedo.

HOMBRE ELEGANTE: Entonces depende de usted dejar algo que le pueda exaltar. Acompañarla en ese viaje.

JÓVEN: No sé si me veo capaz. Quizás no debiera entretenerme con estas cosas, he estado pensando en las canciones populares...

HOMBRE ELEGANTE: ¡No me hable de esto!

JÓVEN: Tengo un gran interés y pienso que...

HOMBRE ELEGANTE: ¡No puede perder su talento en pintoresquismos!

JÓVEN: ¡Ajá!

HOMBRE ELEGANTE: ¿Qué?

JÓVEN: Usted cree que yo tengo talento.

HOMBRE ELEGANTE: ¡Pues claro! A ver léame usted ese poemilla que está escribiendo.

JÓVEN: ¡Mi corazón es una mariposa,
niños buenos del prado!,
que presa por la araña gris del tiempo
tiene el polen fatal del desengaño.

HOMBRE ELEGANTE: ¡Fantástico! Siga así, siga. Va a ser un gran poeta.

JÓVEN: Entonces tiene usted que ser más indulgente conmigo. Pórtese bien.
Como un amigo. No me agobie más con este asunto. Por favor se lo pido.

ESCENA III

En la pantalla de la derecha se reproduce una imagen del Paseo del Espolón en Burgos y en la de la izquierda del paseo marítimo de Coney Island en Nueva York.

JÓVEN: Dígame ¿Hace ahí mucho calor? Porque aquí da gusto...no sentimos calor y algunos días a las doce cuando ahí será morir, nosotros estamos con un airecillo maravilloso. Por las noches paseamos por un magnífico paseo lleno de estatuas y jardines y todo, en dando las doce nos dice D. Martín vámonos que aquí no se puede estar.

HOMBRE ELEGANTE: El verano se porta bien. Hemos tenido seis días de frío hasta el punto de tener que usar chaleco. ¡Yo chaleco! Ahora empieza otra vez lo que debe hacer, esto es, un poquito de calor.

JÓVEN: ¡Vaya!

HOMBRE ELEGANTE: Yo también puedo ser vulgar en mi expresión.

JÓVEN: Es así mucho más amable.

HOMBRE ELEGANTE: Yo siempre he gozado de muy buen humor. A mí me quiere mucho la gente.

JÓVEN: Y sin embargo se siente solo... Perdón, no quería hacerle ningún daño. Es que... parece que usted ya lo supiera todo de mí y yo no supiera nada de usted.

HOMBRE ELEGANTE: ¿Qué quiere usted saber?

JÓVEN: Cosas sencillas ¿Quién es? ¿Qué hace? ¿A qué se dedica?

HOMBRE ELEGANTE: Soy un poeta, escribo y ¿a que me dedico...? Depende. Ahora todo es muy nuevo y mi día a día se dedica a saber. Estos primeros días he seguido conociendo Nueva York. El domingo pasado estuve en Coney Island, una isla en la desembocadura del Hudson dedicada exclusivamente a parque de juegos, títeres y extravagancias. Es, como todo lo de este país, monstruoso. La muchedumbre lo llena todo con un rumor sudoroso de sal marina, muchedumbre de judíos, negros, japoneses, chinos, mulatos, y rubicundos yankis. Es el pueblo más pueblo de New York, el que viene a la isla de los juegos. Lo más interesante de esta inmensa ciudad es precisamente el cúmulo de razas y las costumbres diferentes. Yo espero poder estudiarlas todas y darme cuenta de todo este caos y esta complejidad. Esto es muy importante si usted quiere ser escritor, debe conocer culturas muy deferentes y debe intentar comprenderlas todas. No es necesario irse muy lejos, ahora, por ejemplo, tome de referencia lo que ve, las gentes del norte en nada se nos parecen a las del sur, nuestras raíces pueden estar en la misma tierra, pero de unas salen nardos y jacintos mientras que de otras salen robles y encinas. Vea y aprenda qué ha dejado el invierno en sus rostros que no deja el verano en los nuestros.

JÓVEN: Aquí apenas hay muchedumbre, todo es silencio y campo. Mucho campo y mirándolo no pienso en mi querida Andalucía si no que me imagino que las calles de Nueva York de las que me habla, y pienso que sus gentes son como estos campos y cada uno es una sus espigas verdes.

HOMBRE ELEGANTE: ¿En qué se parecen Burgos y Nueva York?

JÓVEN: ¿En qué se parecen Burgos y Nueva York? (*Pausa*) No lo sé.

HOMBRE ELEGANTE: Si no sabe en qué se parecen, dígame en qué se diferencian.

JÓVEN: Tampoco lo sé. Nunca he estado en Nueva York y apenas he visto Burgos. ¿Ha estado usted en aquí?

HOMBRE ELEGANTE: Sí, un verano cuando era joven, acompañé a mi maestro por una gira de provincias, en ese viaje aprendí muchas cosas, sobre todo a escribir y conocí a grandes como Antonio Machado.

JÓVEN: ¡Qué suerte!

HOMBRE ELEGANTE: Usted también lo conocerá. Aproveche el viaje joven, le va a venir muy bien.

JÓVEN: Sí, sí, y luego a seguir viajando, como usted.

HOMBRE ELEGANTE: Algún día vendrá a Nueva York.

JÓVEN: Nueva York... Dígamelo usted, que sí ha estado en los dos lugares ¿En qué se parecen Burgos y Nueva York?

En las dos pantallas se lee “Hay 5677 kilómetros entre Burgos y Nueva York. Doce veranos entre Burgos y Nueva York”.

HOMBRE ELEGANTE: Tiene Burgos un hermoso sabor a agua pura, recién salida de la fuente que calma la sed por la necesidad del ser, mientras que Nueva York es la cañería sucia de una alcantarilla que obliga a las bocas a escupir. Allí en nuestros campos castellanos, hay una solemne sensación de amplitud que insufla de libertad el espíritu humano contra la promesa de esa libertad comprimida entre una maraña de hierros. Sus gentes como sus campos destilan el frío acumulado del invierno, pero contagiadas por el buen

espíritu que en general mantiene todo español dan una promesa de hermandad de buen hacer, incluso hacia los hombres que desconocen. Esto es algo que en el otro lado del mundo no son capaces de hacer, nos son capaces ni de mirarse a los ojos sin apuntarse con un arma. Entre Burgos y Nueva York hay 5677 kilómetros de distancia... Entre Burgos y Nueva York está el cielo ¡El cielo! La posibilidad de ver el cielo. Entre Burgos y Nueva York hay dos estilos totalmente distintos, hay una desilusión muy grande, un desengaño atroz, una fama atronadora, una decepción humillante... Entre Burgos y Nueva York hay exactamente doce veranos. Por eso, mi joven amigo no ha de desesperar.

JÓVEN: ¡Así! ¡Así quisiera escribir yo! Pero... ¿Cómo?

HOMBRE ELEGANTE: Es por las espigas por donde debe empezar, pero de momento... No suelte el lápiz.

JÓVEN: El lápiz, sí. Parece que una mano invisible lo arrancó.

HOMBRE ELEGANTE: Eso es el desasosiego.

JÓVEN: Yo quisiera aprender a escribir como me escribe usted y llenar el mundo de mis palabras, describiendo con honda ternura lo que todos pasan por desapercibido. Quisiera ser capaz de inducir en mi público el más profundo de los sentimientos sin esfuerzo alguno. Yo, como Juan Ramón, quisiera saber el nombre exacto de las cosas.

HOMBRE ELEGANTE: No sufra, no se altere, y sobre todo no tenga prisa en querer emocionar antes de tiempo, hay que darle oportunidad al sentimiento para que nazca. ¡No se podrá comprar el corazón de nadie! Aún le queda mucho trabajo muchacho.

JÓVEN: ¡Yo quiero hablar de los hombres!

HOMBRE ELEGANTE: ¡Usted no tiene la fuerza necesaria! Aprenda primero a hablar de la espiga y luego podrá hablar del hombre. Aprenda que ambos están hechos de la misma materia.

JÓVEN: Los campos, los campos... ¡Inquietante paisaje el de las almas y los campos!...

HOMBRE ELEGANTE: Ah si yo ahora pudiera acariciar una brizna de hierba... Pero no he de tener prisa, no, llegarán pronto los tiempos convulsos y solo nos quedarán los campos que nos recogerán para siempre en secreto silencio. Mientras tanto hay que escribir, sí, escribir. ¡Vamos muchacho!

ESCENA IV

(En las pantallas, la imagen de la Cartuja de Miraflores y de la noche de Nueva York) En medio de toda esta solemnidad, la Cartuja se eleva como portadora de la angustia general. La visión de Dios es en este paisaje la de inmenso temor. Huele a sufrimientos y pasiones casi ahogadas. Husmea Satanás en medio de la soledad. Es doloroso el silencio de la Cartuja. La soledad es la gran talladora de espíritus. El hombre que entró en la Cartuja trémulo y aplanado por la vida no encontró aquí el consuelo. ¡Qué angustia tan dolorosa estos sepulcros de hombres que se mueven como los muñecos en un teatro de tormentos! ¡Qué carcajadas de risa y llanto dará el corazón! Es algo la escultura, muy frío, muy ingrato al artista. La fuente apasionada del escultor se estrella ante la piedra que talla... Quiere dar vida y la da, quiere dar sentimiento y alma y la da en figuras... pero no puede. En el centro una gran fuente canta una melodía del agua con un rum rum temeroso... tiene algas que chorrean lamiendo la piedra... Un mascarón sonríe con su cara rota y casi robada.

HOMBRE ELEGANTE: El mascarón. ¡Mirad el mascarón! ¡Qué ola de fango y luciérnagas sobre Nueva York!

JÓVEN: ¡Huya!

HOMBRE ELEGANTE: Sí. ¡Hay que huir! ¡Pronto, los bordes... deprisa!

JÓVEN: ¡Qué pánico la muerte! Pero qué angustia aún más el tiempo detenido, el agua que no desemboca, las manecitas alargadas, un rostro que ya jamás será viejo.

HOMBRE ELEGANTE: Y el olvido...

JÓVEN: Eso es lo de menos, no creo que sea necesario tanto esfuerzo, tanta la necesidad de huida ante lo que es inevitable. Los cuerpos congelados entre el mármol. Más aún en estas tierras tan frías donde las esculturas adquieren un tono demasiado sombrío.

HOMBRE ELEGANTE: No desdeñe el arte del obrador por intentar dejar algo de vida en el recuerdo de la piedra.

JÓVEN: ¡Pero qué macabra necesidad!

HOMBRE ELEGANTE: Mejor sepulcro que lápida, mejor catedral que infame edificación. Oh si yo viera el delicado rostro de una antigua reina tallado en la blanca piedra... Pero en su lugar a los muertos americanos les acogen las marchitas hierbas, las vastas piedras y toscos mausoleos protegidos por arcángeles desfigurados que amenazantes guardan guadañas entre sus dedos afilados.

JÓVEN: Creo que tenemos en toda la dolorosa historia de la humanidad un afán, un ansia grande de perpetuar vidas, o, mejor dicho, unas vidas que quieren hablarnos eternamente por medio de lápidas y arcos fúnebres... Un sepulcro es siempre una interrogación... La más fuerte idea en que se adivine el cadáver, la he visto en los sepulcros de Santa María la Real de las Huelgas, verdaderos túmulos llenos de seriedad medieval, cobijados por una cruz en que un Cristo viejo se retuerce gritando... La carne es en la vida lo que manda, dejemos pues que la muerte viva en el alma... ¡Pero qué trágico y qué endemoniado es el tiempo!

HOMBRE ELEGANTE: Son los cementerios, lo sé, son los cementerios y el dolor de las cocinas enterradas bajo la arena, son los muertos, los faisanes y las manzanas de otra hora los que nos empujan en la garganta.

JÓVEN: No quiero hablar más de la muerte. Siento que me persigue.

HOMBRE ELEGANTE: No podemos hacer nada por evitarlo.

JÓVEN: Pero yo la siento cerca, cerca y temible. Presiento que será terrible y me temo lo peor. Si he de morir, quiero morir decentemente en mi cama. De acero si puede ser, con las sábanas de Holanda.

HOMBRE ELEGANTE: Si yo pudiera, mocito, este trato se cerraba. Pero yo ya no soy yo, ni mi casa es mi casa. Me temo que no será así.

JÓVEN: ¡No me atormente con sus preludios!

HOMBRE ELEGANTE: La muerte está en todos los rincones, camina como una mendiga entre los gatos que juegan con los niños y los velos de las novias la noche antes de casarse. La muerte está tan presente entre nosotros como lo está Dios.

JÓVEN: Pero yo aún soy joven y he de soñar con las cosas hermosas que rondan los silencios.

HOMBRE ELEGANTE: ¿Los silencios?

JÓVEN: Sí las cosas calladas que guardan los muros.

HOMBRE ELEGANTE: Por ahí, por ahí.

JÓVEN: Hay cosas encerradas dentro de los muros, que si salieran de pronto a la calle y gritara, llenarían el mundo.

HOMBRE ELEGANTE: Siga.

JÓVEN: No sé...

HOMBRE ELEGANTE: No sé si será capaz... Sí, pero sálveme, Dios la angustia de lo que va a costarnos hacerle poeta.

JÓVEN: Yo solo quería escribir, lo de ser poeta me lo impuso usted.

HOMBRE ELEGANTE: No hará nada grande en la prosa. Debe confiar en la línea pequeña para los libros grandes. Incluso cuando escriba teatro, no se confunda, no se pierda en la narrativa, el teatro es la poesía que se levanta del libro para hacerse humana.

JÓVEN: ¡No sabe de lo que habla!

HOMBRE ELEGANTE: ¿Ah no? ¡Lo sabrá usted!

JÓVEN: Pues sí, sabré yo de qué y cómo quiero hablar, sí. Quizás usted sí pueda permitirse, influenciado por tantos estímulos extraños, ser un poeta en Nueva York. A mí los anchos campos me exigen líneas amplias. Sí usted es un poeta enhorabuena, yo no.

HOMBRE ELEGANTE: Yo no soy un hombre, ni un poeta, ni una hoja.

JÓVEN: Entonces no me imponga serlo a mí.

HOMBRE ELEGANTE: No le estoy imponiendo ser poeta, era usted quien quería escribir, yo a lo que le estoy enseñando es a vivir, a darse cuenta de las cosas. No puede hacer una cosa sin la otra. Disculpa si te he herido.

JÓVEN: Creía que esto ya lo habíamos zanjado, aún no sé...

HOMBRE ELEGANTE: Aún es joven, aprenderá.

CORO:

Cuando me muera

Enterradme con mi guitarra

Bajo la arena

Cuando me muera

Entre los naranjos

Y la hierbabuena

ESCENA V

En la pantalla las imágenes de Wall Street y otra de un campo castellano.

HOMBRE ELEGANTE: ¡Ay!

JÓVEN: ¿Qué es lo que le aflige?

HOMBRE ELEGANTE: Un grito me llega desde Wall Street y daña mi alma.

JÓVEN: ¿Wall Street?

HOMBRE ELEGANTE: El lugar más sombrío de Nueva York, allí donde los hombres son arrastrados por una frenética necesidad de éxito, de acumulación. El problema de los americanos es que están tan centrados en amasar dinero que no piensan en las cosas que pueden hacer con ello, que dejan de hacer por ello, han aprendido a apreciar más un papel verde que una brizna de hierba y han perdido así la sensación de la vida, de comprender las cosas sencillas. En España la ambición aún no ha llegado a estos niveles y yo me enorgullezco al recordar a las mujeres en nuestras calles cambiando de buena fe unos alimentos por otros y manteniendo siempre la mano tendida dispuesta a ayudar a la vecina.

JÓVEN: Aquí, allá a donde vamos nos reciben de buena gana y con una predisposición maravillosa. No hay mesa donde nos falten ni el pan ni la buena compañía.

HOMBRE ELEGANTE: Los americanos también son buenos anfitriones, pero siempre desde la frialdad con la que hacen galardón de su puritanismo. Todos menos los negros, que son un pueblo excepcional, pero tan acostumbrados al sufrimiento que serán los primeros en padecer este golpe colosal que está por

venir. A ellos será a los primeros a los que aplaste este mundo injusto y no puedo yo soportar esta injusticia, por eso escribo, para reflejar el sufrimiento de quienes ya no pueden más.

JÓVEN: Creía que escribía para captar la belleza de las cosas sencillas.

HOMBRE ELEGANTE: No, no, no, no; yo denuncio. Yo denuncio a toda la gente que ignora la otra mitad, la mitad irredimible que levanta sus montes de cemento donde latén los corazones de los animalitos que se olvidan y donde caeremos todos en la última fiesta de los taladros. Os escupo en la cara.

JÓVEN: ¡Sí, sí! Yo creo que el ser de Granada me inclina a la comprensión simpática de lo perseguido. Del gitano, del negro, del judío... del morisco que todos llevamos dentro.

HOMBRE ELEGANTE: Debe tomar conciencia del poder que tienen sus palabras y usarlas en defensa de quienes no pueden. Pronto, muy pronto. La muerte ronda Wall Street como un lobo hambriento y en el momento en el que caiga la bolsa abrirá sus fauces sin piedad.

JÓVEN: ¿Cómo escapar ante tanto sufrimiento?

HOMBRE ELEGANTE: Cuénteme, cuénteme usted cosas alegres que me hagan olvidar la angustia de Nueva York. ¿Dónde está? Me parece que ya no le veo.

JÓVEN: Estoy camino a Silos. Suenan las carretas por los caminos, los insectos tienden al aire las cuerdas de sus gritos, parece que los henos y las flores sin nombre han roto las arcas de sus aromas para acariciar a la blanda oscuridad.

HOMBRE ELEGANTE: Ah sí, eso me salva, La luna lunera... ¡La luna! Y los insectos...

JÓVEN: Elegante camina la luna por el cielo, y hay una paz en el ambiente que difícil encontrarla en ningún otro sitio. Parece este el lugar más tranquilo que existiera ahora en la tierra.

HOMBRE ELEGANTE: ¡Ah! Quien no pudiera ahora hallar un minuto de paz...

JÓVEN: ¿La angustia de Nueva York?

HOMBRE ELEGANTE: La sangre no tiene puertas en vuestra noche boca arriba. No hay rubor. Sangre furiosa por debajo de las pieles, viva en la espina del puñal y en el pecho de los paisajes, bajo las pinzas y las retamas de la celeste luna de Cáncer.

JÓVEN: Temo por usted.

HOMBRE ELEGANTE: No tema, no ha de llegar ahora mi fin. Son solo dos amantes que me alteran el sueño con su danza, la luna y la muerte, la sangre y la luna... No duerme nadie por el cielo.

JÓVEN: Nadie.

HOMBRE ELEGANTE: Usted sí, usted ha de dormir, porque es joven y porque la sierra te acuna esta noche.

JÓVEN: ¿Y a usted?

HOMBRE ELEGANTE: Yo he de estremecer entre los hierros.

JÓVEN: Burgos entre los sueños y Nueva York entre la vigilia, me pregunto...
¿Cómo será esta noche en Granada?

HOMBRE ELEGANTE: Calurosa, como debe ser en este tiempo. La luna gira en el cielo sobre las sierras sin agua mientras el verano siembra rumores de tigre y llama.

JÓVEN: Sí, sí. ¡Ay, mi Granada! Como echo de menos el sur... Todo es aquí tan distinto, aunque no sea otro país, es distinto, este frío, esta oscuridad, este silencio.

HOMBRE ELEGANTE: Los muros viejos de Castilla guardan los secretos y los muros altos de Nueva York los elevan al cielo, pero en Granada...

JÓVEN: En Granada estarían llenas de las voces de las gitanas.

HOMBRE ELEGANTE: ¡Sí!

JÓVEN: De la dulce voz de la madre a la que tanto quiero.

HOMBRE ELEGANTE: ¡Sí!

JÓVEN: De muchachos subiendo a las barandas.

HOMBRE ELEGANTE: ¡Sí!

JÓVEN: Y de los guardias civiles borrachos.

HOMBRE ELEGANTE: ¡Sí! (*Ríen*)

JÓVEN: Y de viejas leyendas de enamoradas moriscas...

HOMBRE ELEGANTE: Es necesario caminar, ¡de prisa!, por las ondas, por las ramas, por las calles deshabitadas de la Edad Media que bajan al río, por las tiendas de las pieles donde suena un cuerno de vaca herida, por las escalas, ¡sin miedo!, por las escalas. Hay cuentos escondidos en cada una de las escaleras y un recuerdo de viejos amores invadiendo mi despecho que ya no soporta la delicadeza de una caricia.

JÓVEN: ¿Qué dice?

HOMBRE ELEGANTE: Nada, mire, mire que está a punto de verlo... ¡Entre las almenas! ¿Qué ve?

El JOVEN se adelanta, en las pantallas se ven las imágenes de Covarrubias y de Central Park

JÓVEN: A la salida del pueblo aparece una gran pirámide truncada, una torre de plata sucia en la cual las lluvias han señalado bucles esfumados de oro, de granates, de topacios... Es la torre de Doña Urraca. Tiene esto perfume de cuento de niños. Una infantina medieval emparedada por su padre... ¿Sería por amor tal vez?

HOMBRE ELEGANTE: Siempre es por culpa del amor que se muere la libertad.

JÓVEN: ¡No diga eso! Lo dice porque está sufriendo, pero no lo cree.

HOMBRE ELEGANTE: Lo digo porque lo siento, nunca digo nada si no lo creo, nunca digo nada sin haberlo pasado antes por el corazón.

JÓVEN: Lo está pasando por un lugar lúgubre que envenena sus palabras, pero el amor no es un soneto oscuro, el amor es esta luz, este fuego que devora, este paisaje gris que me rodea, este dolor por una sola idea, esta angustia de cielo, mundo y hora, este llanto de sangre que decora, lira sin pulso ya, lúbrica tea, este peso del mar que me golpea, este alacrán que por mi pecho mora, son guirnalda de amor, cama de herido, donde sin sueño, sueño tu presencia entre las ruinas de mi pecho hundido...

HOMBRE ELEGANTE: ¡Vaya! Para darme lecciones si es usted capaz de recurrir a la poesía...

JÓVEN: Ve, como ahora, está siendo cruel sin necesidad, solo por el hecho de sentirse herido.

HOMBRE ELEGANTE: Por qué otra razón iba a serlo, qué otra opción podría quedarme. Sí muchacho, yo hablo con veneno porque envenenado tengo el pecho que es un palomar vacío. Pero es precisamente esa herida la que me abre los ojos, me despierta, me hace ver que puse todas mis esperanzas en el lugar equivocado y que antes estaba ciego, ciego, pero que ahora me doy cuenta de todos los errores cometidos y de que el amor que yo creía tener no era sino un espejismo cruel en un desierto, la ilusión de un pozo que por profundo no llegaba al agua. Yo decía en las noches la tristeza de mi amor ignorado, y la luna lunera ¡qué sonrisa ponía en sus labios!

JÓVEN: ¡Qué perversa la luna!

HOMBRE ELEGANTE: ¡Qué perverso el amor!

JÓVEN: No diga esas cosas.

HOMBRE ELEGANTE: No las dirá usted que aún es joven y tiene tiempo de equivocarse y el corazón fuerte para aceptar los golpes.

JÓVEN: Para usted también queda tiempo.

HOMBRE ELEGANTE: No muchacho, no. A mí ya no me queda tiempo. Para mí el amor es un soneto oscuro. Cada vez tengo más deseos y menos esperanzas.

JÓVEN: ¿Se ha planteado usted que quizás se equivoque alguna vez?

HOMBRE ELEGANTE: No me he planteado nada. No quiero pensar nada. No preguntarme nada. He visto que las cosas cuando buscan su curso encuentran su vacío. Era mi voz antigua ignorante de los densos juegos amargos. ¡Ay voz antigua de mi amor! ¡Ay voz de mi verdad! ¡Ay voz de mi abierto costado, cuando todas las rosas manaban de mi lengua y el césped no conocía la imposible dentadura del caballo! Todos comprenden el dolor que se relaciona con la muerte, pero el verdadero dolor no está presente en el espíritu. El verdadero dolor que mantiene despiertas las cosas es una pequeña quemadura infinita en los ojos inocentes de otros sistemas. Los besos atan las bocas en una montaña de venas recientes y al que le duele su dolor le dolerá sin descanso y al que teme la muerte la llevará sobre los hombros.

JÓVEN: ¿A quién ama usted?

HOMBRE ELEGANTE: ¡No me haga esa pregunta! No marchite mi pobre corazón con cosas que ya sabe.

JÓVEN: No las sé. No le conozco.

HOMBRE ELEGANTE: Su ignorancia es un monte de leones. ¿A quién ama usted?

JÓVEN: A nadie, pero quisiera poder amar a las muchachas que me saludan por los balcones de estas calles y de ellas tener un hijo, un niño al que poder decir que es mío.

HOMBRE ELEGANTE: ¿A una muchacha? ¿Está seguro? No creo que eso sea lo que realmente quiere.

JÓVEN: Usted quiere apartarme de ella. Pero ya conozco su procedimiento. Basta observar un rato sobre la palma de la mano un insecto vivo, o mirar al mar una tarde poniendo atención en la forma de cada ola para que el rostro o la llaga que llevamos en el pecho se deshaga en burbujas, pero es que yo estoy enamorado y quiero estar enamorado, tan enamorado como ella lo está de mí.

HOMBRE ELEGANTE: (*Ríe sarcástico*) ¡Enamorado de una muchacha!

JÓVEN: Sí y tener un niño, eso es lo que quiero.

HOMBRE ELEGANTE: No es lo suficientemente hombre.

JÓVEN: ¿Y usted? ¿No quiere usted tener hijos?

HOMBRE ELEGANTE: Yo tenía un hijo que se llamaba Juan. Yo tenía un hijo. Se perdió por los arcos un viernes de todos los muertos. Yo tenía una niña. Yo tenía un pez muerto bajo la ceniza de los incensarios. Yo tenía un mar. ¿De qué? ¡Dios mío! ¡Un mar!...

JÓVEN: Perdóneme, no quería...

HOMBRE ELEGANTE: Yo no puedo tener hijos muchacho y tampoco novias de largas trenzas, a mí el amor ha decidido darme cicuta.

JÓVEN: No diga eso, seguro hay muchachas hermosas en Nueva York.

HOMBRE ELEGANTE: ¿Aún no se quiere dar cuenta? En Nueva York hay negros gloriosos que guardan en su dedo meñique la fuerza de todos los sementales del África y rubicundos yankis que son la delicia de lo delicado. Dígame joven... ¿Hay muchachos hermosos en Burgos?

JÓVEN: ¡No! ¡Calle! No he de hablar de esto ahora.

HOMBRE ELEGANTE: Fue usted quien preguntó reabriendo la herida.

JÓVEN: ¿Es esto lo que le aflige?

HOMBRE ELEGANTE: Esto es lo que me trae a Nueva York. Tantos y tantos rumores... ¿Qué voz perfecta dirá las verdades del trigo?

JÓVEN: No sé qué es lo que quiere.

HOMBRE ELEGANTE: No nos aflige lo mismo, porque a mí me duelen las consecuencias de eso que usted ya sabe, pero que no quiere admitir y que yo sin embargo admito con orgullo y sin vergüenza.

JÓVEN: El mariquita se adorna con un jazmín de sinvergüenza.

HOMBRE ELEGANTE: Usted no sabe de lo que habla. Ha de saber distinguir entre eso que llaman mariquita y esto que yo siento, esto que es el amor por un hombre. Por eso no levanto mi voz, contra el niño que escribe nombre de niña en su almohada, ni contra el muchacho que se viste de novia en la oscuridad del ropero, ni contra los solitarios de los casinos que beben con asco el agua de la prostitución, ni contra los hombres de mirada verde que aman al hombre y queman sus labios en silencio. Pero sí contra vosotros, maricas de las ciudades, de carne tumefacta y pensamiento inmundo, madres de lodo, arpías, enemigos sin sueño del amor que reparte coronas de alegría.

JÓVEN: ¿Cómo puede usted hablar así?

HOMBRE ELEGANTE: Porque yo sí soy un hombre, más hombre que Adán. Algún día usted también lo será.

JÓVEN: ¡No!

HOMBRE ELEGANTE: ¡Ay que bonita la inocencia de niño que me trae! No he de preocuparle más, ya se dará cuenta de las cosas. Hábleme con la voz aún de niño, esa que viene desde los palomares y los trigales. Hábleme de los muchachos ahora que aún manan de tu boca todas las rosas y no conoces la dentadura del caballo.

JÓVEN: No me atormente más. No le entiendo. No quiero hablar de esto. No quiero hablar de las penurias del amor si solo sabe desdeñar a Cupido, yo tengo sed de aromas y de risas, sed de cantares nuevos sin lunas y sin lirios y sin amores muertos.

HOMBRE ELEGANTE: ¡Así hablaba yo!

JÓVEN: Si con su pena no va a enseñarme las delicias del amor simple, si va a llevarme caminos por donde no me atrevo...Enséñeme a escribir, solo a escribir. Nada más.

HOMBRE ELEGANTE: Atrévase a sufrir, no llegará a nada hasta que no se enfrente a sí mismo. Para escribir debe aprender a guardar ocultos los deseos del alma y sutilmente entretejerlos entre los sujetos de los verbos que escoge de puntillas para decir su verdad de hombre de sangre.

JÓVENES: Sí, pero... ¿Cómo?

HOMBRE ELEGANTE: Deje de escribir cancioncillas y empiece a hablar de los hombres.

JÓVEN: Usted me dijo que empezase por el trigo.

HOMBRE ELEGANTE: Le dije que eran lo mismo.

JÓVEN: No, no quiero hablar de esto ahora.

ESCENA VI

En la pantalla las imágenes del Monasterio de Silos y del puente de Brooklyn, ambos por la noche.

HOMBRE ELEGANTE: Sigue mi estancia en Nueva York sucediéndose en medio de la mayor tranquilidad. Yo soy persona que se adapta bien a las circunstancias, y me encuentro bien en este ambiente tan distinto al mío, pero lleno de sugerencias para mí. Empiezo a escribir, y creo que cosas que valen la pena, ahora bien, que desde luego no quiero publicar nada hasta que estén bien acabadas y hechas. Son poemas típicamente norteamericanos, con asunto de negros casi todo. Me interesa mucho Nueva York y creo que podré dar una nota nueva, no solo en la poesía española sino en la que gira alrededor de estos motivos. Creo que llevaré a España dos libros por lo menos. Aunque lo más importante me queda aún por ver y estudiar.

JÓVEN: ¡Qué maravilloso oírle hablar de todas estas cosas! ¿Con tantos estímulos a su alrededor, con tantas distracciones... cómo es capaz de escribir?

HOMBRE ELEGANTE: Como lo soy de respirar. Se hace hábito. Por eso, usted tiene que escribir ahora mucho y viajar mucho y fijarse mucho, luego se le harán fáciles las cosas.

JÓVEN: Sí, sí, pero la inspiración...

HOMBRE ELEGANTE: Sobra en todas partes, el mundo es un libro de poesía abierto al antojo del poeta muchacho y todos sus seres son los pequeños personajes de sus obras, que actúan como títeres en los escenarios. Por eso hay que vivir.

JÓVEN: Yo ahora, estoy pensando en escribir un libro de poemas.

HOMBRE ELEGANTE: ¡Aja! Sí ya se lo había dicho yo... ¡Que usted es poeta!

JÓVEN: Pero no sobre estos parajes, sobre estos parajes escribiré otro libro...

Bueno ya lo estoy escribiendo, con todas las impresiones que le estoy contando, pero después quiero escribir y publicar los poemas como usted me lo ha indicado, pero poemas sobre Granada, no sobre estas tierras frías que como ya le dije, me requieren líneas largas.

HOMBRE ELEGANTE: Bien, bien. Tiene usted mucha razón en todo lo que dice. Me alegro de que se haya animado.

JÓVEN: Es de tanto escucharle a usted y todo lo que estoy aprendiendo, creo que puedo hacer cosas muy interesantes.

HOMBRE ELEGANTE: ¡Claro que sí!

JÓVEN: Escucharle me viene muy bien, quiero que sepa lo agradecido que estoy.

HOMBRE ELEGANTE: ¡Tonterías! No hay necesidad de hablar a bien, ni de agradecer lo que con alegría se da. Ahora hableme de usted que es quien quiere ser poeta y debe aprender a escribir, quien debe practicar. Déjeme maravillado con otra de sus líneas.

JÓVEN: Ahora solo digo que he llegado a Silos esta tarde y que pienso ver muchas cosas notables. Habrá recibido un periódico de Burgos en que mandé un artículo y les gustó tanto que le dieron el puesto de honor en el periódico, o sea el fondo.

HOMBRE ELEGANTE: ¡Bravo!

JÓVEN: Tenía muchas ganas de darle esta noticia, porque me ha hecho mucha ilusión y es una de las cosas que me empujan a escribir más. Espero que esté usted orgulloso.

HOMBRE ELEGANTE: Por supuesto, me parece que estoy ante otro hombre. La primera vez no te conocí, la segunda sí. Dígame... ¿Está contento?

JÓVEN: Por supuesto, espero con esto alegrar a mis padres, para mí es muy importante que estén contentos.

HOMBRE ELEGANTE: ¡Por supuesto! Le estarán esperando con los brazos abiertos. Sobre todo, su madre.

JÓVEN: ¡Sí! Mi madre es un ser extraordinario. ¿Quiere usted mucho a sus padres?

HOMBRE ELEGANTE: Extremadamente. A mis padres y a mis hermanos, a todos, a todos. Tengo muchas ganas de volver y llevar a mi madre a Lozoya.

JÓVEN: ¡Fantástica idea! Yo ya tengo ganas de volver y contarles todas estas cosas que estoy aprendiendo, porque en las cartas solo les cuento los detalles más importantes del viaje, pero yo quiero profundizar.

HOMBRE ELEGANTE: Claro. Ya le debe quedar poco. ¿Qué tal en Silos? Me temo que no seremos capaces de describirlo con suficiente profundidad.

JÓVEN: ¿Seremos?

HOMBRE ELEGANTE: Sí. Ya verá, ya... He leído un soneto de un cántabro al ciprés, pero ya demasiado tarde como para poder escribirlo. Ha sido más astuto que nosotros, más atento y cuidadoso. A veces me atormenta la idea de no haber sido capaz de verlo y que él tan extraordinariamente...

JÓVEN: No sé a qué se refiere.

HOMBRE ELEGANTE: Nada, nada, a mí me pilla cinco años tarde y a usted cinco años pronto. No me haga caso, ya se dará cuenta. Dígame solo cómo lo ve ahora para prender de mi error.

JÓVEN: Vacío, sepulcral, callado.... Ahora mismo la campana del monasterio toca a silencio... mi celda da a un soberbio patio antiguo en el que hay una fuente y mucha luna... Por la puerta siento los pasos de los religiosos que van ahora a la iglesia... Al entrar en la celda, estaba invadida por la luna llena... Cerré la puerta... todo era silencio sonoro. Quiso el alma meditar, pero el sacro horror de la paz pasional se opuso. La luna caía de lleno en la estancia. Al acostarme sentí la trágica impresión de ser prisionero en aquella mortecina soledad... La muerte llega y obliga a los perros cantar su canción... Ellos al presentirla gritan, no quieren obedecerla, pero ella les hiere con sus espuelas de plata invisibles y entonces nace el aullido.

HOMBRE ELEGANTE: Ahora es usted quien está acosado por la muerte.

JÓVEN: Sí, sí, en este silencio... Mentiré si no le digo que tengo miedo. Ojalá estar en medio del ruido apabullante de Nueva York, donde la muchedumbre impide a sus gentes pensar en los chillidos que lanzan los niños y los perros al ver pasear a la mendiga, pero aquí... Aquí el silencio atroz no te da otra opción que no sea la de escuchar cada uno de sus pasos, y la luna... ¡Ay la luna! ¡Qué perfume de flor de cuchillo! Traidora y hermosa cómplice enamorada de la muerte, le abrirá todas las puertas y le iluminará todos los caminos hacia los pechos para que no falle en su último golpe. Ay luna, lunera, si te dices cuenta de por quien has caído...

HOMBRE ELEGANTE: Tenemos nosotros y la luna la misma culpa el mismo pecado, nos gusta que nos vistan de novia de forma elegante, con todos los bordados rojos, símbolo de aquel que dice que nos quiere. ¡Ay pobre luna enamorada de la muerte!

JÓVEN: Hará todo lo que la pida y yo solo espero que esta noche no ilumine el camino hasta mi cama.

HOMBRE ELEGANTE: No, hasta nuestra cama no. Ni esta noche ni la última.

JÓVEN: ¿Qué dice? Me asusta.

HOMBRE ELEGANTE: Que a mí matarán una noche sin luna.

JÓVEN: No diga usted eso.

HOMBRE ELEGANTE: No tema a la luna muchacho, ni a los perros, ni a la soledad, porque ellos son la muestra de que no está solo en ese temer a la oscuridad, a lo largo del mundo muchos sufren la misma pena que le estrecha las entrañas en la hora crepuscular.

JÓVEN: Otra vez la noche es amarga en Nueva York ¿cierto?

HOMBRE ELEGANTE: Nueva York es la ciudad de la angustia. No duerme nadie por el cielo. Nadie. ¡La luna! ¡Los policías! ¡Las sirenas de los transatlánticos! Todo está roto por la noche. ¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta

JÓVEN: ¿Qué pasa?

HOMBRE ELEGANTE: Me acecha la muerte. Cante. Cante una canción para espantarla. Cante una canción de cuando era niño que sea capaz de quitarme este desasosiego.

JÓVEN: (*Canta*)

Nana niño nana

Del caballo grande

Que no quiso el agua

El agua era negra

Dentro de las ramas

Cuando llega al puente

¿Quién dirá, mi niño,

Lo que tiene el agua

Con su larga cola

Por su verde sala?

Duérmete, clavel,

Que el caballo no quiere beber.

Duérmete rosal,

Que el caballo se pone a llorar.

JÓVEN: ¿Por qué sufre usted tanto? ¿Dónde quedó el espíritu alegre que dejé en la estación?

HOMBRE ELEGANTE: Era distinto muchacho, perdóname. A veces me alcanza mi tristeza y mi soledad ¡Mi soledad sin descanso!

JÓVEN: ¡Anímesese! Dígame que es lo que le aflige.

HOMBRE ELEGANTE: Ahora me doy cuenta de qué es eso del fuego del amor del que hablan los poetas eróticos y me doy cuenta, cuanto tengo necesariamente que cortarlo de mi vida para no sucumbir.

JÓVEN: ¿Es por eso por lo que está en Nueva York?

HOMBRE ELEGANTE: No, pero no importa. Yo no podré quejarme si no encontré lo que buscaba, pero me iré al primer paisaje para entender que lo que busco tendrá su banco de alegría cuando yo vuele mezclado con el amor y las arenas. Dentro de breves días marcharé a la raya del Canadá, al estado de Vermont, a pasar quince o veinte días con un chico a quien conocí en la Residencia. Él tiene una finca en las montañas, al lado del lago Edén y allí iré.

JÓVEN: El campo, el campo le hará bien. Lejos de la angustia de Nueva York.

HOMBRE ELEGANTE: Sí. Sí. El campo... yo amo la tierra. Me siento ligado a ella en todas mis emociones. Mis más lejanos recuerdos de niño tienen sabor a tierra. Los bichos de la tierra, los animales, las gentes campesinas, tienen sugerencias que llegan a muy pocos. Yo las capto ahora con el mismo espíritu que de mis años infantiles. Aproveche mientras aún es joven a conservar esa niñez, aproveche ahora el buen hacer del campo cuando lo tiene cerca.

JÓVEN: Sí, sí. Me enredo entre los trigos castellanos y disfruto del aire fresco de la sierra aprovechando los últimos momentos que me quedan en estas tierras.

HOMBRE ELEGANTE: ¿Ya ha terminado en Silos?

JÓVEN: No. Aún nos quedan aquí unos días. Después haremos excursiones a otros lugares de la provincia, sitios del Cid, de Fernán González... Esto es

maravilloso y muy digno de estudio por la gran cantidad de historia pasada que hay en todas las piedras...Quizá en cuanto esto se termine, que creo que está ya, me iré a Granada porque bastante tiempo estoy en Burgos.

HOMBRE ELEGANTE: Bastante tiempo, sí, el alma extraña con fiereza los lugares donde pertenece si se está demasiado tiempo fuera, demasiado tiempo fuera, demasiado tiempo va ya en Nueva York... Y dime muchacho, ahora que ya lo ha visto casi todo... ¿Podría responderme? ¿En qué se parecen Burgos y Nueva York?

JÓVEN: Entre Burgos y Nueva York hay la esperanza de doce veranos que son como los deseos de año nuevo, cada uno como una gotita cayendo antes de llenar la copa de mi anhelo. Hay hombres carnudos recogiendo las espigas verdes con las manos, ajenos a quienes buscan a bocanadas los verdes billetes que dejan de hacerles humanos para convertirlos en temibles bovinos que dejan yerma la tierra. Hay muchachas hermosas entregadas al sol del verano con niños en los brazos, unas les cantan entre gallinas y geranios mientras otras les critican los llantos con los que demuestran ser hijos del hierro. Burgos se aferra a sus piedras eternas con parsimonia de niño que quiere crecer junto a su historia mientras Nueva York impulsa con fuerza el frenetismo de los tiempos ahogados en la vorágine de los cristales y las pantallas desbordantes. Entre Burgos y Nueva York hay una tarde entregada al silencio, para comprender que lo que queremos está aquí, en la arcilla de los campos. Entre Burgos y Nueva York hay dos amores que pudieron haber sido, pero no fueron, hay un niño que nunca verá la luz, hay una niña bajo el pozo de la esperanza, hay cientos de palabras que están esperando ser ordenadas, hay espacios oscuros y frescas mañanas. Entre

Burgos y Nueva York hay doce veranos en los que yo no sé si voy a ser poeta, pero sé que en el camino que me queda por recorrer hasta llegar a Nueva York voy a escribir, a viajar y a descubrir, a enamorarme, a ser un hombre más hombre que Adán capaz de amar al hombre de mirada verde, a romperme en la diástole de la soledad, a esperar al duende y a aprender de usted, que me está esperando a las orillas de un camino de Granada en la madrugada más oscura.

HOMBRE ELEGANTE: ¡Eso es! Que alegría me da muchacho, ya está preparado. ¡Usted va a ser un gran poeta!

JÓVEN: Tanto como usted.

HOMBRE ELEGANTE: A mí aún me quedan muchas cosas por escribir, las más grandes, las más hermosas. Ya lo verá cuando vuelva a escribirle a mi vuelta de América.

JÓVEN: ¿Se va ya?

HOMBRE ELEGANTE: No. Me queda todo el curso por delante, pero me temo que ya me va a ser difícil atender su correspondencia. Me voy tranquilo, sabiendo que tiene lo necesario, lo importante es que comprenda que todo eso que le va a hacer a usted ser un gran poeta ya está ahí, dentro suyo, todas las metáforas de sus poesías, todas las frases de los personajes de sus obras ya tienen un hueco en su pecho, un trampolín en la punta de su lengua y un cañonazo en las yemas de sus dedos acariciando la pluma, está listo, ahora paciencia pues solo ha de esperar ¡y vamos arriba! ¡a ensanchar!

JÓVEN: Tengo muchas ganas de leer todo lo que le queda por escribir.

HOMBRE ELEGANTE: Paciencia, paciencia. Ahora he de marchar a Vermont. El campo norteamericano me hará todo el bien que necesito. ¡Ah los campos!

JÓVEN: ¿Y después, va a volver?

HOMBRE ELEGANTE: Aún no, tengo intención de ir a Cuba y a Argentina y quizás a México si se pudiera, pero después volveré a Granada. Tengo falta de mi tierra y extraño a los míos. Además, a mis letras les vienen mejor los trigos españoles que estas tierras americanas y tengo tanto, tanto que escribir... ¡Sobre todo teatro! El teatro que he visto aquí es maravilloso, de una profundidad absoluta y quiero trasladarlo a los escenarios españoles.

JÓVEN: ¿Puedo pedirle un último favor?

HOMBRE ELEGANTE: Claro muchacho.

JÓVEN: No vuelva a Granada.

HOMBRE ELEGANTE: ¿Disculpe?

JÓVEN: Quédese, quédese lejos de ella, sé que le duele, pero no vuelva a Granada, por Dios se lo pido. No vaya a Granada, por favor. Presiento que la muerte le encontrará entre sus esquinas.

HOMBRE ELEGANTE: A estas alturas parece mentira que no entienda que no se puede amar a la luna sin amar a la muerte al mismo tiempo. Escúchame, Federico, aprende a escribir primero sobre los trigos, y luego sobre los hombres. Empieza a ser poeta. Escribe ese libro de impresiones del paisaje castellano y de sus hermosos hombres, tan hermosos como sus trigales.

JÓVEN: Los trigales, los trigos... ¡Benditos sean los trigos Federico! Porque tú estás debajo de ellos.

CORO:

Enterradme con mi guitarra

Bajo la arena

Cuando me muera

Entre los naranjos

Y la hierbabuena

Cuando yo nazca

desenterradme el traje

entre alamedas

cuando yo nazca

entre caballos

y la luna llena

OSCURO